

TALLER DE ESCRITURA: X CERTAMEN LITERARIO ANDALUZ “SOLIDARIDAD EN LETRAS”

Existe en nuestro Centro un alumnado que tiene un claro gusto por la escritura y por la lectura y que lo demuestra escribiendo y participando en los numerosos concursos que nos llegan. En este primer trimestre hemos participado en el X Certamen “Solidaridad en letras”. A pesar de no tener premio, insertamos los textos presentados que nos resultan valiosos por la forma y por su contenido.

LA NOCHE MÁS FRÍA

Era la noche más fría del invierno. Hasta los árboles de aquel parque mal cuidado parecían sollozar mientras la nieve caía rendida a sus pies. En un viejo banco oxidado, encima de unas cajas de cartón y bajo las mantas que una amable señora le ofreció, se encontraba Mariano. Le daba la sensación de que si seguía ahí

iba a acabar por completo congelado y sonrió cínicamente al imaginarse dentro de un cubo de hielo. El chaquetón sucio y pasado apenas si conseguía realizar la función para la que hace tanto tiempo fue creado y le costaba sentirse los dedos que sobresalían de los guantes hechos jirones. Se levantó a duras penas, caminó durante unos minutos y llegó a la puerta de una cafetería. Se quedó mirando el cálido interior, pensativo; metió sus manos en el bolsillo esperando lo evidente: nada. Justo en ese momento, como enviado por el cielo, apareció un hombre al final de la calle. Iba muy elegante: traje negro y camisa azul, aunque extrañamente llevaba un broche de señora color plata enganchado en la chaqueta. Llegó a su altura y lo detuvo.

-Perdone, jefe, como puede comprobar por el suelo blanco que pisamos, hace realmente frío. ¿Le importaría dejarme algo suelto para tomar un café? -Preguntó señalando la cafetería.

-¿Dejarte? De donde yo vengo dejar implica devolver y realmente dudo que puedas hacerlo. -contesto con desprecio, mientras avanzaba dejándolo atrás.

Mariano se quedó ahí. La gente ya no entiende que todo en esta vida se devuelve y no necesariamente con dinero, pensó. Y con este pensamiento volvió a su banco.

Seis meses más tarde.

Mariano ha decidido cambiar su vivienda a la estación, así siempre tendrá un lugar para resguardarse cuando haga frío o cuando haga calor, como en este caso. Está en la puerta, sale hacia fuera. Un punto en el suelo brilla más de lo habitual, se acerca y ve algo plateado. Es un broche de señora. Y de repente ese broche le transportó de nuevo a la noche más fría del invierno.

Mario vuelve corriendo sobre sus pasos. Lo ha tenido que perder al chocarse con ese hombre a la salida de la estación. Maldición. Seguro que ya lo habrá cogido alguien. Lo busca desesperado por el suelo. Había sido aquí. Tiene que estar aquí, tendría que estar aquí, pero no está. Maldición. Preferiría haber perdido la cartera, las llaves del coche, o incluso el coche. O todo a la vez, pero el broche de su madre, no... la echaba tanto de menos... La tristeza se apoderó de él, invadió su ser.

De repente, como caída del cielo, una mano abierta le muestra un broche, su broche.

-De donde yo vengo, las buenas acciones no son un préstamo. Se hacen sin más.

Recoge el broche y levanta la cabeza. Ve alejarse a un hombre descuidado y, de repente, ese hombre le transportó a la noche más fría del invierno.

Meriem Ezbida
Bejarano. 1º Bach.

UNA INVITACIÓN A REINVENTAR EL FINAL

Podría empezar esta carta, quizás con un simple *“gracias”*, uno de los casuales y sencillos, que se dicen así porque sí. O tal vez con un *“te echo de menos, echo de menos tu mirada posada en mí, tus manos acariciándome, y tu simple presencia que estaba delante mía”* pero sin querer o queriendo, ya empecé esta carta sin destinatario fijo.

Silencio y soledad. Es lo que me acompaña mientras escribo esto. Eso, y el sonido de la lluvia que rechina afuera, y golpea la ventana de mi, ahora no tan viejo, apartamento de una ciudad en el centro de las oportunidades. Los Ángeles. Sí cariño, ahora vivo aquí, con mi nueva novia, con un nuevo trabajo, con una nueva ciudad, con una nueva vida... Llena de viejos recuerdos. Recuerdos de nuestra vida juntos, de nuestro hogar, de nuestra vida. En aquel entonces tú siempre decías que no ibas a atarte a nadie, ni siquiera a mí. Nunca entendí porque lo decías, o porque nunca me lo explicabas cuando te preguntaba. Simplemente me respondías con un *“Amor, tu lo entenderás, pero algún día, en otro lugar, en otra ciudad seguramente, con otra persona”* Y tienes razón, ahora lo entiendo. Después de tres años, en los que conseguí olvidar... olvidar y volver a vivir.

Puedo decir, que han sido los años más difíciles para mí, quizás aun más que mis años de rebeldía, en el que mis hormonas no me dejaban ni respirar tranquilo. Quizás mucho más que cuando yo me até a algo que nunca estuvo ahí. Porque tú nunca estuviste ¿cierto? Pero

yo me decía una y otra vez, que sólo eran inseguridades, y vivencias de *“un alma libre”* como tú solías llamarte. Aun echo de menos tu voz, susurrándome fantasías al oído. Historias que nunca acababan con un *“comieron perdices y vivieron felices”* ni con un *“se despertó sabiendo que todo fue un sueño”*. Esas historias, simplemente no tenían final. Era como una invitación, a reescribir el tuyo propio. Me gustaba esa parte de ti.

Sé que eres feliz. Vamos... creo que lo sé. Porque tú me decías, que lo serías, siempre y cuando yo lo fuera. No puedo negar que sea feliz, mi vida continua, pero siempre faltará algo. Aun así, creo que puedo seguir. Por qué soy libre, aún lo soy. No me he atado a nadie.

Ahora comprendo porque nunca quisiste atarme. Tú no querías atarte a nadie, ni siquiera a mí, porque no querías que yo me atara a alguien que no existe. Me brindabas a mí la posibilidad que la vida no te brindó a ti. Me diste a elegir, entre ser libre, o vivir atado. Y tú siempre decías que *“La gente es libre, ahora y siempre, nacimos con ese derecho, vivimos con él, y con él, iremos a la tumba. Y yo no soy quien para quitártelo. Ni yo ni nadie. Protege ese algo, de lo*

que muchos carecen, y no dejes a nadie arrebatártelo.” Te echo de menos, ¿te lo he dicho ya?

Siempre te quise, siempre. Y mi libertad, aunque sea mi derecho, quiero que siempre lo tengas. Porque... simplemente, porque eres tú.

Al acabar de escribir, metió el folio en un sobre. Cogió su cazadora del perchero. Agarró, con sumo cuidado un ramo de rosas blancas, de esas que a ella tanto le gustaban. Y metió el sobre dentro. Caminó bajo la lluvia hasta llegar a orillas del río.

*-Te echo de menos, libertad.-*Gritó. Y le dio a la gente, la libertad de reescribir su final sobre un folio en blanco.

Andrea

Rodríguez Jiménez. 4º ESO

“Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE”

Quizá un principio feliz sería la mejor combinación para un final como “Y vivieron felices para siempre” pero

entonces nada cambiaría, porque no todos los cuentos tienen la misma suerte.

No soy realmente nada importante... Sólo un oso que cambió la vida de una niña.

Nací en una fábrica y desde aquel momento escrito era mi final.

Su nombre y su nacionalidad no son relevantes. Porque lo único que hizo de mi vacío cuerpo inerte algo vivo fue su mirada. Aquellos grandes y redondos ojos que brillaban al verme y apenas tocarme. La primera caricia fue como rozar el más dulce sueño y no querer despertar nunca más, aunque eso significase perderlo todo. La última fue el inicio de un gran final.

Recorrí miles de kilómetros en su busca, la caja que mantenía entonces a aquel peluche contenía además una etiqueta marcando el destino de un largo viaje.

Aún recuerdo el reparto de juguetes. Sin dudarlo, diría que fue mejor que una subasta.

Cientos de manos se alzaban, pareciendo como si acariciasen el oscuro cielo que se presentaba sobre sus cabezas. No pensaban rechazar lo que se les ofreciese porque ya no les quedaba nada. Su aspecto era deprimente. Era

evidente la situación diaria a la que se debían enfrentar... No mentiré... Deseé entonces dejar aquel lugar, no me concernían sus vidas. Hasta que la vi... Entre la multitud... Con aquella mirada perdida y esos labios resecaos escondiendo unos dientes poco estéticos. Imaginé cómo me sonreía, lo ansié y pedí desde aquel momento ser suyo para siempre.

Puede que “ese alguien de ahí arriba” escuchase mis súplicas, si es así quiero que sepa que le estoy muy agradecido. A lo mejor fue el destino o pura casualidad, el porqué será siempre un misterio, pero ahí estaba yo, en manos de Nadie, la Nada.

Para ella existían únicamente dos razones de vida: la primera sus padres y la segunda sus progenitores. Cuando me dijo esto, solamente tenía nueve años y hasta poder contármelo tuvo que esperar tres años de su vida, hundida en la soledad.

Transcurrían horas y los segundos nos parecían pocos al estar juntos... La niña ya era una joven cuando finalmente me habló de un tiempo pasado propio, lleno de azufre.

-Mantengo un recuerdo borroso pero existen todavía algunas imágenes en mi cabeza. Mi nacimiento no fue portada de ninguna revista y desde luego tampoco fue noticia en nuestro poblado. Aquí la gente está muy ocupada intentando salvar sus vidas. Llegar hasta los treinta es todo un mérito. Mi madre murió poco después de dar a luz a mi segundo hermano, el cual no tuvo tanta suerte como yo, puesto que falleció cuatro meses después y mi padre les siguió años más tarde, al cumplir mis seis años. Todo mi mundo era en realidad una bola negra y espesa que daba constantes vueltas y a la que jamás pude parar. Solía sentarme en una esquina del hospital y abrazarme fuertemente, pensando que no eran mis brazos, sino los de mi padre y cerciorándome de que no estaba sola. Al principio funcionaba, pero poco a poco este pequeño truco era únicamente esto... Un truco.

He soñado miles de veces cómo podría haber sido mi vida en tu mundo, ¿sabes osito?. Pero no cambiaría esta, ¿quién sabe si en la otra estarías tú? -una sonrisa se dibujó en sus labios. Las personas tendemos a ansiar las cosas

que nos son inalcanzables, lo bueno de todo esto es que no me considero un ser humano, simplemente una materia viva, destinada a vagar por mi pasado de azufre.

Jamás obtuvo respuestas a sus preguntas, pero siempre tuvo un oso al que observar en sus peores momentos y sonreír mostrando sus desgastados dientes.

El seis de marzo Nadie falleció en el hospital, en la esquina de uno de los abarrotados pasillos, con un osito de peluche entre sus brazos y una mueca en la comisura de sus labios.

Elena Gómez

Abad. 4º ESO.

LEY DE VIDA

Libertad, bonita palabra, ¿verdad?

Mi madre solía contarme historias de cómo era la vida fuera de aquí. Me contó que había selvas inmensas, más grandes de lo que uno puede llegar a imaginar. Con una infinidad de árboles que parecían no acabar nunca, donde la mezcla de colores y olores abrumaba los sentidos y

cada uno de ellos tenía un encanto especial.

También me contó que había un río tan grande que algunos lo confundían con el mar, incluso ella misma lo pensó, pero desechó esta idea al beber de aquel agua debido a que era dulce, un agua exquisita, de las mejores que había probado en su vida.

Pero no todo era perfecto. Me contó que tenía que buscarse su propia comida y encontrar refugios para los días de tormenta. Aunque esto resultaba más fácil cuando estaba con los demás, otros iguales a nosotros, que ayudaban en los momentos de dificultades, que se defendían unos a otros, que convivían juntos para llevar una vida mejor. Y de todos ellos, mi padre era el que mandaba.

Yo nunca llegué a conocerle, pero tengo una vaga idea acerca de él gracias a mi madre. Era fuerte y robusto, con una larga melena y sus ojos se tornaban verdes cuando se enfurecía, aunque solía ser pacífico y solo atacaba a los que no eran como nosotros, algo que mi madre definía como "ley de vida". Según ella, nunca nadie consiguió ganarle corriendo, ni tampoco lograban superar su astucia a

la hora de atacar. Era de entre todos, el mejor.

Pero las cosas se complicaron. En la selva corría el rumor de que una nueva especie se dedicaba a perseguirnos. Una especie un tanto peculiar, debido a que andaban sobre dos pies. Pero lo más curioso es que ellos no mataban por seguir la ley de vida, sino que atacaban a otras especies, les arrancaban las pieles y abandonaban los cuerpos sin alimentarse de ellos.

Por supuesto, mis padres hicieron caso omiso a estas advertencias. Si habían aprendido algo en la selva era que debían guiarse por lo que habían visto con sus propios ojos y no por los rumores, dado que cada uno contaba una versión diferente, aunque mi madre me confesó que ella sí estaba asustada.

Anteriormente se proclamó el rumor de que esta especie bípeda cortaba los árboles y se los llevaban consigo, arrasando todo lo que encontraban a su paso y destruyendo así el hábitat de muchas especies.

Un día mi madre se separó del grupo y cuando se dio cuenta se encontraba sola. Empezó a correr entre los matorrales atravesando la selva y llegó a

un sitio aterrador, donde parecía que nunca había llegado a surgir la vida, donde la única vista era una especie de desierto que ocupaba miles de hectáreas.

Su primera reacción fue volver corriendo sobre sus pasos, hasta que encontró a mi padre que la buscaba desesperadamente, al igual que los demás. Ella nunca llegó a contarle a nadie lo que vio, pero con este segundo rumor empezaba a cuestionarse si realmente existía aquella especie bípeda.

Transcurrió el tiempo y estas ideas pasaron a segundo plano. Mi padre se hacía mayor y mi madre estaba embarazada.

Un mañana salieron a cazar como solían hacer habitualmente. Mi padre visualizó una presa y se dispuso a atacarle justo cuando se escuchó un ruido semejante al de un trueno, pero ese día estaba soleado y no había ningún indicio de tormenta. Fue en ese momento cuando mi madre vio cómo mi padre se desplomaba en el suelo, cuando percibió ese olor al que ella definía como el olor de la destrucción, aunque más tarde comprendió que era el olor de la pólvora.

Los nuestros, asustados, salieron corriendo y mi madre también lo intentó

pero se sentía demasiado lenta y pesada debido a su embarazo. Y fue entonces cuando la atraparon, la metieron en una jaula y la transportaron hasta aquí, después de eso dio a luz dos seres idénticos, pero solo uno sobrevivió.

Me separaron de mi madre a los pocos meses de nacer, pero para entonces ella ya me había contado esta y muchas otras historias más. Ya no la he vuelto a ver, mis días aquí son idénticos unos de otros. Vienen seres bípedos a observarme debido a que soy un ser, al parecer, fascinante para ellos.

A veces me pregunto si mi madre exageraba al contarme cómo es el mundo, pero tengo la esperanza de que algún día saldré de aquí y comprobaré por mí mismo qué hay detrás de estas rejas. Y será entonces, cuando me considere libre, cuando suplantaré a mi padre y el mundo me conocerá como lo que debería ser, lo que soy, el verdadero rey de la selva.

M^a Elena Pedrajas

Perabá. 4º ESO

